

“Hay casas para eso”. No deja de ser admirable cuando se piensa que nadie claudicó de sus posiciones. Esto se debió quizá a que nos unía algo más fuerte que un código de buenas maneras: Una especie de caución solidaria que obliga a hacer de nuestra actitud frente a la literatura una cosa, no diremos trágica, pero sí seria. Los escritores aquí reunidos, de treinta a cuarenta años, representan una generación intermedia, son un puente entre el pasado y los que vienen. No todos han sido siempre fieles a su vocación literaria. La vida a menudo los ha llevado a otros oficios, lo cual ha enriquecido su experiencia inmediata, pero también les ha quitado tiempo para ir más a fondo como escritores de trabajo diario.

Tal vez algunos de nosotros escribamos libros que con el tiempo sólo serán un puñado de polvo en la Biblioteca Nacional. Pero nos alienta la idea de que entre todos estamos trayendo raíces, piedras, imágenes de hombres, sombras de pasiones, dolores y alegrías en que mañana podrá leerse una época no sólo de la literatura chilena, sino también de un pueblo.

JOSÉ MANUEL VERGARA

TRES ACTITUDES FRENTE A LA NOVELA

QUIERO comenzar este trabajo expresando mi auténtica admiración por la ciudad de Concepción. La he visto agrupada en torno a una orquesta que interpretaba a Bach. La he visto seguir, día a día, la aventura de este Encuentro de Escritores. He visto que sus periódicos han desplazado de sus páginas centrales a futbolistas, políticos y asesinos —que constituyen las tres estirpes heroicas de la nación— en beneficio de escritores y poetas. He visto a su Universidad manifestarse sabiamente por boca de su Rector, con hospitalidad y talento por parte de los tres organizadores de este Encuentro, y con encantadora sencillez por parte de todos. Los alcances de esta iniciativa, los que puedo adivinar, me alegran el alma. Espero que nosotros, los escritores, hayamos respondido a tanta solera.

Cuando recibí la gentil invitación a participar en este Encuentro surgió en mí la siguiente pregunta: “¿Qué puedo dar?” Me registré interiormente. Lo único que encontré fue a un católico chileno y novelista, que se llama José Manuel Vergara. Es poco. Pero, por ahora, no hay más que pueda dar con tranquilidad de conciencia. Si la entrega se lleva a cabo conforme a la verdad, aunque ésta sea adversa, habré logrado dar una

actitud frente a la novela, que, en última instancia, respondería a la invitación de que he sido objeto. La verdad de tal respuesta va a estar amenazada, constantemente, por la tentación a aumentar mi dádiva artificialmente —para pasar por generoso—, aumentándome a mí mismo. Y es una tentación tan succulenta, tan fácil de ceder a ella; basta involucrase en muchos papeles relucientes, pegarse la etiqueta de un ideario costoso o heroico o sentimental, y exclamar —con voz adecuada— “¡Heme aquí!” Verifiquemos entonces el experimento.

Mi actitud frente a la novela en general adolece de tres limitaciones principales. Primera, que soy un católico timorato. Esto es, que camino despacio, demasiado despacio, porque le temo a lo estrecho, a lo elevado y a lo pedregoso de la senda; se trata de un caminante con las plantas de los pies delicadas y doloridas, que de cuando en cuando se sienta para contemplarse sus pies con un gesto autocompasivo muy poco aconsejable.

La segunda limitación que tendrá esta actitud mía frente a la novela consiste en que soy un chileno armado de un instrumento muy típico nuestro que se llama la agudeza crítica —ese corvo afilado que es diestro en descuerar engaños y que, gracias a Dios, todos los chilenos llevamos al cinto—, pero que en este caso, será una limitación, pues ese mismo presentimiento crítico me impedirá dar recetas de chilenidad. Creo que nuestra cultura, y todas las culturas, se está desarrollando merced a un movimiento con leyes propias, el cual se acelera o se aminora gracias al aporte de conquistas culturales que cada chileno verifica conforme a sus exigencias fundamentales, y no por medio de manifiestos o programas, que siempre pecarán de exiguos.

La tercera limitación que afecta y modifica y empequeñece esta actitud mía frente a la novela, consiste en que soy un novelista incipiente, que ha leído poco y ha escrito menos. Sólo tengo un libro publicado. En cuanto a lecturas, puedo dividir las en dos grupos: las profesionales, que debo tragar como editor, y las vitales, que se refieren a la vida de mi cristianismo y de mi arte. Estoy sumido en la Biblia, por un lado, y en Shakespeare y en el Quijote, por otro, y creo que tengo para varios años más antes de agotar el menor de ellos. Un paréntesis: siento la necesidad de recordar, nuevamente, que no deseo convencer a nadie de que mi posición es la mejor ni la peor. Sólo estoy tratando de limitar y darle las dimensiones reales a una actitud que deseo darla tal cual es.

Consideradas estas tres limitaciones de católico lento, chileno miope y novelista incipiente, entraré a expresar en qué consiste mi actitud frente al

contenido de la novela que sólo pretende ser útil e interesante en cuanto verdadera.

Esta nueva parte del experimento la llevaré a efecto sobre la novela que estoy escribiendo actualmente.

¿Por qué la escribo?

Porque amo al personaje que es su protagonista. Es decir, sé en qué consiste su desgracia y *necesito* darle una oportunidad para que se salve de esa desgracia que le amarga la existencia. Yo he inventado una situación de tiempo y de lugar que, de atravesarla, creo que dicho personaje tendría muchas posibilidades de liberarse del dolor que le paraliza. Esta situación de tiempo y de espacio la he inventado especialmente para mi heroína, para que ella la cruce con su vida, para que extraiga consecuencias que impulsen a su inteligencia y a su voluntad a tomar una *libre* decisión que la arranque de su mal. Le he creado un camino del cual ella, la protagonista, tiene hasta el derecho de desviarse, o de no seguir, o de volverse atrás. Hasta es posible que yo me equivoque, y que después de haber cruzado la senda a que yo la invito, esta heroína siga con su mal a cuestas. De todos modos, su acontecer, fuera el que fuere, habrá quedado escrito. Y habrá quedado escrito mi esfuerzo por amarla y su esfuerzo por salvarse, o su rechazo a mi invitación. Y, a mi modo de ver, este esfuerzo por salvar del mal y este esfuerzo por salvarse del mal, constituye la cuerda floja, donde cada ser humano ejecuta el más importante y el más dramático baile de su existencia. Quiero aclarar. Al hablar de salvación, no me refiero a mi próxima vida. No; la salvación que otorga mi amor de novelista se lleva a cabo tejas abajo. Se trata de salvar a un hambriento de su hambre, a un infeliz que padece del complejo de Edipo, a un católico de su fariseísmo, a un niño del Cuco, a un comunista de la garra de su propia dialéctica. Y se trata de salvar, no al comunista por antonomasia, sino a aquel que yo conozco, que sé sufriente y cuyas causas de dolor pueden no afectar a ningún otro comunista del mundo. Y se trata de salvar, no a los hambrientos de su hambre, porque *los hambrientos no es ningún hambriento*. Sin embargo, se trata de salvar a *un hambriento*, al que me miró ayer con una mirada extraña, ese que tenía una camisa de color naranja, en la que parecía estar ardiendo de despecho; porque si salvo a *ese* hambriento de su hambre estaré haciendo más por los hambrientos de la humanidad que si me dedico a hacer campañas contra el hambre. Yo no sabría quitarle el miedo al Cuco a todos los niños de esta tierra; tampoco sé si es mejor que ningún niño de este mundo le tenga miedo al Cuco; puede que haya alguno que necesita de este miedo, si no

hoy, en mil años más, o en mil años antes; si no en Chile, puede que haya un niño japonés que necesite del miedo al Cuco. Pero si sé que Luisito, que no es un hambriento, que no es chileno, que es de padres judíos, por ejemplo, tiembla cada vez que su padre lo manda a buscar algo a su cuarto, cuando es de noche y cuando la cortina de percala se hincha con una brisa que pudiera no ser brisa para él, que pudiera ser la respiración de ese Cuco siniestro que lo espera con las manos velludas extendidas. Entonces la cara de niño judío de Luisito empalidece de terror y sufre, sufre estérilmente. Pues bien. Yo, novelista, cojo a Luisito de la mano, le abro la puerta de mi arte y lo introduzco en un mundo lleno de Cucos sonrientes e inofensivos; se los iré dosificando con ternura; iré con él a la habitación fatídica y registraremos juntos todos los rincones; le regalaré una colección de Cucos de juguete, si es necesario; hablaré con el padre, recurriré a la madre. Si todo fracasa, la novela, de todos modos, narrará un intento de amor entre un novelista chileno miope, católico lento, y un niño judío que hizo cuanto pudo por escaparle al Cuco y que no lo consiguió. ¿Que una novela semejante no le quitaría el miedo al Cuco a ningún niño? Quizás. Pero si ese no era el objetivo. El objetivo era el Cuco de Luisito, que puede que a otro niño no le afecte en absoluto. Es posible que haya niños que no le tengan miedo al Cuco, y que para quitárselo hubiera de *inventarles* uno. No. Yo nunca voy a escribir novelas en contra del Cuco, así abstraído de todos los niños. Primero, porque no hay ningún niño que se llame *Todoslosniños*. Tendría yo que inventar uno. Y yo no puedo amar mis propias invenciones. Mi amor sólo puede referirse al ser. Y yo no inventé el ser; ni puedo inventarlo. Y si no amo, ¿para qué escribir?

Lo mismo sucede con el hambre. ¿A quién le da hambre el hambre? A nadie. El hambre no tiene ser. El hambriento sí que lo tiene. A él se le puede amar; a él se le puede alimentar; y se le puede invitar a penetrar por el portal de una novela como héroe. Espero que nunca me llegue el día en que el hambre me impida ver a un hambriento. Y pero aún el día en que, al ver un hambriento, exclamé: “¡Ahí va el hambre!” Porque en ese día habré dejado de amar.

Escribir novelas es, entonces, para mí, la manera de amar y de odiar que tiene un novelista. Y este amor comienza y acaba en *un* personaje. Y no pretende más que salvar a ese personaje del mal que lo aqueja y que a mí me conmovió. Y desde el mismo instante que pretende objetivos ulteriores, ya no lo estoy amando, ni estoy amando a nadie. Porque estaré utilizando a mi personaje como una *cerbatana* para soplar por él dardos destinados a otros.

Dardos que nunca llegan a su destino. Porque el lector no gusta de ser engañado, aborrece las novelas con anzuelos. Las novelas que tienden a "formarlo" cultural, política o religiosamente. No. Al lector le gusta ser testigo de un acto verdadero, con comienzo y fin en sí mismo; en otras palabras: el lector gusta de obras de arte, y no de obras *pastorales*.

Y yo, como novelista, no me siento estéril ni habitante de una torre de marfil, por el hecho de amar a mis personajes. Porque sé que si ellos son seres humanos, en ellos estoy amando a la humanidad. Y porque sé que un acto de amor, aun el que un novelista efectúa en su obra, nunca será perdido, porque entrará a aumentar en una gota más el mar que la humanidad ha ido llenando día a día, sudorosamente, desde que el hombre mereció tal nombre.

Debo hacer una declaración respecto a todo lo dicho. Esta actitud de amor hacia los personajes no se verifica en mí en un plano angelical. Indicaré sus limitaciones en beneficio de su realidad y veracidad. Primero, este amor mío por mis personajes está amenazado por mi *egolatría*. Debo entablar lucha constante y subterránea para que mi novela no se convierta en un monumento erigido en gloria de mi posible inteligencia, de mi ironía, de mi penetración psicológica, o de mi ternura. Y esto es difícil, al menos para mí. Es difícil rechazar la tentación de "caer bien" entre miles de lectores. Es difícil desaparecer en beneficio de la vida de mis personajes cuando son tan grandes y heroicas las posibilidades que se me ofrecen de brillar. Segunda limitación a esta actitud de amor es la de no ceder al afán destructivo que anida en la raíz de todo ser humano y en mí especialmente: permitir que mis personajes existan y se salven, en lugar de tender a destruirlos o a hacerlos odiosos. Ninguna religión, doctrina o cultura propiamente tales desean este tipo de holocaustos, porque ningún compromiso noble puede aceptar el odio como ofrenda. Una novela comunista que se dedique a crear personajes aborrecibles —un banquero norteamericano, por ejemplo— con el objeto de enseñar al pueblo, sólo logrará denigrar a la propia doctrina comunista y a cada uno de sus partidarios. Y lo mismo sucede con las novelas católicas de esta ralea. Pues bien, esa tendencia, que antes llamé "pastoral" es otra de las amenazas que hay en mí y que pugna por anular mi actitud de amor. La tercera limitación consiste en la lucha que debo entablar para impedir que una de mis *ideas* se disfrace de ser humano para exhibirse en el espacio novelístico. Me he visto obligado a rodearme de una barrera aduanera, en la que se exige pasaporte de individuo a cada postulante a

personaje. Creo que he demostrado suficientemente que esta actitud de amor no se lleva a efecto entre arpas y querubes.

Lo dicho comprende una actitud, la mía, frente al contenido novelesco. Respecto a su forma, diré una sola preocupación de la que se desprenden todas las demás. Mis limitaciones frente a esta actitud formal son densas, borrosas y forman verdaderos batallones. Las enumeraré en bloque: conocimientos superficiales de la historia del arte, salvo de algunos períodos; inmadurez estética, aún no estoy muy seguro de qué es y qué no es bello; enorme desconfianza de las formas artísticas contemporáneas; falta de soledad; falta de vida interior; falta de espíritu contemplativo; apresuramientos adolescentes y falta de libertad ante el influjo de formas consideradas perfectas.

Vista esta nube de limitaciones que obran en mí en mayor o menor grado, puedo ubicar a través de ella la siguiente ambición formal:

La actitud de amor respecto de mis personajes me exige métodos eficaces y de rápidos resultados. El amor no admite las tramitaciones. Si amo a un hambriento, buscaré la forma más veloz de saciar su apetito. Si busco salvar a un fariseo en mi trama novelesca, querré que este personaje fariseo permanezca el menor tiempo posible atado a su mal.

Entonces, de mi actitud de amor hacia los personajes se desprende una forma que posee, principalmente, la siguiente característica: eliminación despiadada de todo lo superfluo. Deseo que el hilo dramático de mis narraciones no se detenga nunca, que avance siempre hacia el final, que no forme lagunas. Deseo establecer una verdadera ascética de la forma. Construir con el mínimo posible de elementos. Que la trayectoria dramática sea *decidida* como el vuelo del peuco cuando cae a plomo sobre su presa. Cualquiera dilación innecesaria ofende al amor que le debo a mi personaje. Si puedo salvarle sin preguntarle, ya no su nacionalidad, sino su nombre, así lo haré. He comprobado, con satisfacción, que esta actitud formal responde al espíritu de mi tiempo, recordemos la forma de un Sputnik, o de un proyectil intercontinental; en ellos nada sobra, todo está construido de modo que cumpla con su cometido: surcar el espacio. Y he visto que puedo satisfacer este espíritu no ya sin contrariar mi amor de novelista por mis personajes, sino intensificándolo.

La mayor limitación que surge de mí respecto a esta actitud formal, consiste en la tentación a crear frases y hasta capítulos destinados, no a amar, sino a lograr "efectos" deslumbrantes en el ánimo del lector. La otra tentación consiste en creer que todo lector es un imberbe que requiere de

explicaciones marginales para explicarse el drama o la personalidad del personaje; a veces me es difícil vencer a un petulante profesor omnisapiente que suele surgir de mi interior y que quiere exponer todas sus teorías, juicios morales, científicos y estéticos, sobre lo que está sucediendo en el acontecer novelesco.

El tercer punto, y último, que trataré en este trabajo consiste en mi actitud, como novelista, frente a lo chileno.

Los elementos que debilitan y le quitan rango de "axioma" a esta actitud son: Escasez de lecturas de obras literarias chilenas, de lo que se desprende un panorama borroso y discontinuo de la historia literaria nacional. Siete años de estada en Europa durante el período de gestación de mi aún precaria madurez; de lo que se desprende una actitud tendiente a relacionarme con los individuos, conforme a lo que *son* frente a mí, sin preguntarles de dónde vienen o dónde van. He sido bien tratado y mal tratado por hombres y mujeres y niños de muchas nacionalidades, razas y doctrinas, verificando que sus bondades y perversidades actuaban independientemente de sus lugares de origen.

Expresaré mi actitud mediante una experiencia que tuve hace un tiempo.

Hace un par de años compré un departamento en Santiago. Sería mi casa. El hecho me colmó de gusto. Se compraron cortinas nuevas, algunos muebles, varias lámparas. Cada objeto era seleccionado con cuidado y regocijo. Cada día descubría nuevas perfecciones y me sentía impulsado a comunicárselas a mis amigos: "La calefacción es radial, ¿sabes?, surge del piso y da una temperatura muy homogénea. ¿Qué sistema de calefacción hay en tu casa? ¿Radiadores de agua caliente?" Y, entonces, yo me sonreía con cierto orgullo. El tiempo que pasaba en mi nuevo departamento me parecía corto; ansiaba llegar a él, colgar otro cuadro, mover este mueble, o, simplemente, estar, contemplar mi casa y regocijarme. Esta actitud mía fue adivinada hasta por lo menos perspicaces de mis amigos; me decían: "Oye, qué te pasa a tí, ¿es primera vez que tienes casa?"

Pasó el tiempo. Mi casa sigue dándome agrado y me sigue gustando vivir en ella. Pero esto se debe ya a una característica propia de mi ser, que gusta de estar en su casa, y no a la aventura regocijante del nuevo propietario. Si voy a la casa de un amigo, ya no me siento obligado a establecer comparaciones. Al contrario, sin hablar de lo que yo tengo, me puedo dar el lujo de hacerle una observación respecto a cómo colocar una lámpara, lo que constituye, a mi manera de ver, una rotunda afirmación acerca de

mi propio hogar. Y es *ahora* que me siento dueño de casa, ya que, antes, era la casa que se había adueñado de mí.

Ahora bien, cuando oigo y cuando leo exaltado o regocijante, recuentos de pinos araucarios y raulfes, de nombres ilustres y especialidades culinarias, usos, costumbres, muebles y vestimentas, me dan deseos de decir: "Hombre, cálmese. Me hace Ud. el efecto de estar recién llegado a Chile. Desempaque luego; ordénese, serénese, y siéntase en su casa. No haga esos manifiestos de chilenidad, porque hace ver, a todas luces, que es usted un recién llegado. ¿Qué es muy hermoso Chile? Estamos totalmente de acuerdo, pero no se deje ahogar por su hermosura, poséala tranquilamente, es suya: ¿no recuerda usted que es chileno?"

Y es una ironía que yo, a quien se ha tachado de universalista, cosmopolita y extranjerizante, que no me siento tampoco un líder de la chilenidad, porque no trazo ningún programa prematuro al respecto, me siento mucho más chileno, mucho más reposadamente dueño de mi nacionalidad y de mi hogar patrio que aquellos que aún están urgidos por la natural y simpática inquietud del nuevo propietario.

Respecto a una actitud hacia los otros países, encuentro que es una afirmación de chilenidad mucho más rotunda el hecho de indicar una posible falla en el tránsito de Place de la Concorde, por ejemplo, que pretender plantar en ella un bosque de coigües y coligües. Lo primero indica que en nuestro país está bien organizado el tránsito de vehículos y peatones; lo segundo, sólo demuestra un exhibicionismo peculiar a un propietario incipiente, actitud, como dije, simpática y natural, pero pasajera, es de esperar.

Creo que ya ha llegado la hora en que si un novelista chileno desea localizar su trama en otro país, que se le permita hacerlo sin sospechar de que está perdiendo chilenidad, sino que la está *afirmando*. Para aludir a un ejemplo de enormes dimensiones, yo supongo que los ingleses no se ofendieron cuando Shakespeare situaba sus tramas dramáticas en Italia o en Dinamarca, al contrario, deben haber presentado que ellos ya podían saber, por sus propios medios, algo, y mucho, acerca de esos países, sin tener que acudir a dramaturgos italianos o daneses para que se lo expresaran. Creo que hay pocos actos tan significativos de poseer algo —y la nacionalidad es algo que se posee—, como el acto de *dejar* el acto poseído sin caer en el abandono ni en el olvido del mismo, sin sentir que se le ha traicionado. Creo que esta experiencia es valedera hasta en las relaciones entre marido y mujer. Ya que es sabido que, cuando uno de los cónyuges, o ambos, se dedican a vocear la dicha y las perfecciones de su unión, sólo significa una de dos cosas: o están

recién casados, o la mentada unión se está desmoronando. Por el contrario, cuando una pareja se aviene, existe entre ellos una suerte de silencio, sereno, ajeno a programas y a manifiestos, un silencio, en el que están tácitos el amor y la fidelidad.

Todo este trabajo puede entonces resumirse en tres puntos:

1. Una actitud frente al *contenido* de la novela, que consiste en amar al personaje por sí mismo. Esto es, salvar al protagonista de su desgracia —todo ser humano padece de una desgracia—, sea ella moral, psíquica (como un complejo de Edipo) o física, como es el hambre. Dada mi fe católica, la desgracia que más me mueve a amar es el mal moral que nosotros llamamos pecado.

2. Una actitud frente a la *forma* de la novela, que consiste en desear un ascetismo estético que le dé al amor una eficacia sin tramitaciones.

3. Una actitud frente al radio de acción de los novelistas chilenos, que consiste, no sólo en permitirles, sino en desear que ellos tomen posiciones frente a una realidad universal, y esto, considerado como *plenitud* de chilenidad más que como un olvido coqueto de nuestra cultura.

Deseo terminar esta exposición con un breve relato.

Estamos en una aldea pescadora, a orillas de un lago. En ella reina y prospera un experto pescador dueño de inmensa red y numerosas y bien construidas embarcaciones. En una ocasión reunió a los habitantes de la caleta junto a la fogata nocturna y les dijo:

—Mañana, junto con el alba, saldré con todas mis embarcaciones y extenderé mi gran red, de modo que atraparé todos los peces del lago.

Al día siguiente se embarcó, como había prometido, y después de siete días y de siete noches, volvió con su gran red cargada hasta los bordes. A la vista de todos los habitantes de la aldea hizo extender el fruto de su pesca a lo largo de la playa, y dijo:

—Aquí os he traído *todos* los peces del lago.

Un murmullo admirado brotó de todas las gargantas.

Y de pronto, un niño, delgaducho y moreno, se puso frente al gran pescador y con tiplada voceilla, le dijo:

—Gran pescador, muéstrame tu red.

Una vez que se la hubieron traído, hizo el niño la tremenda pregunta:

—Dime, gran pescador, ¿dónde están los pececillos que pasaron por los hoyos de tu red?

Como ustedes mismos han podido comprobar por mis palabras, mi red es

pequeña y sus hoyos son vastos y malamente remendados. Por eso, sólo he traído tres peces. Ni sé a qué precio se venderán en el mercado. Pero puedo hacer una aseveración que no perturbará mi conciencia: estos tres peces son frescos, porque están recién cogidos de mi lago interior. Muchas gracias.